

---

---

# Presentimiento, descubrimiento e invención de América

---

---

«Al Occidente van encaminadas las naves inventoras de regiones», anunció Juan de Castellanos en las *Elegías* que dedicó a Cristóbal Colón y Hernán Pérez de Oliva escribió una *Historia de la invención de las Indias* a principios del siglo XVI<sup>1</sup>. Desde la perspectiva actual de una disciplina de límites bien definidos, como lo es la geografía, el uso de la palabra «invención» para referirse al descubrimiento de América puede parecer el resultado de una confusión semántica o de una licencia poética. Las definiciones generalmente aceptadas indican que «inventar es transformar las cosas gracias a la intervención del hombre» y «descubrir es encontrar algo ya existente y hacerlo conocer a los demás»<sup>2</sup>. España desveló al mundo la existencia anterior de América, por tanto, la descubrió. Al hacerla ingresar en la historia de Occidente no sólo con su presente, sino también con su pasado, pudo marcar el hito de su descubrimiento con una fecha precisa: el 12 de octubre de 1492. Nada más sencillo en principio, nada más ajeno a una invención.

Sin embargo, las empresas que se aparecen ahora con un signo diferente —inventar y descubrir— fueron durante los siglos que siguieron al desvelamiento de América, si no idénticas en el propósito, por lo menos complementarias en la práctica. Vale la pena detenerse un poco en estas ideas.

Por lo pronto, hay que subrayar el hecho de que el hombre no se ha conformado nunca con el «espacio conocido». Su «horror» por el vacío y su anhelo por ir más allá del límite que separa lo conocido de lo ignoto lo ha llevado a «imaginar» otras realidades. El vacío ha sido llenado con la fantasía y ha sido poblado imaginativamente con sus proyecciones inventivas. En este sentido, la distancia ha podido ser la garantía de lo fantástico. Lo que no podía ser posible «aquí», debido a las implacables leyes de la realidad conocida, podía serlo todavía en un «allá» desconocido. Lo inverosímil adquiría visos de credibilidad en la medida de su lejanía. Se trataba, como dijo poéticamente Baudelaire, de «plonger dans l'inconnu pour trouver du nouveau».

---

<sup>1</sup> Citado por Isaac J. Pardo en *Fuegos bajo el agua. La invención de la utopía* (Fundación La Casa de Bello; Caracas, 1983); pág. 19.

<sup>2</sup> En su estudio sobre las utopías geográficas, en *Le principe espérance* (Bibliothèque de philosophie; Gallimard, París, 1982), Ernst Bloch afirma que en el plano estrictamente geográfico, el que inventa aparece como un mentiroso. Pura y simplemente, al modo de un Barón de Munchhausen. Por el contrario, el descubrimiento parece no admitir el sueño imaginativo, a todo lo más una invención corregida por los «hechos reales» (Vol. II, pág. 363). Por su parte, Marianne Mahn-Lot señala un distinguo entre «descubrir», que implica una idea de intencionalidad evidente en la acepción inglesa de la palabra («discover») y «hallar» o «encontrar», que supone una no premeditación, un feliz azar. En portugués, la diferencia es aún más clara: se habría «achado» (hallado) el Brasil, mientras la India habría sido «descoperta». (*La découverte de l'Amérique*, Questions d'histoire, Flammarion, págs. 114-117, París, 1970).

En este sentido, la progresiva exploración del globo terrestre habría supuesto un paulatino desmentido de la invención, una negación del espacio imaginado por el espacio real. La cabalidad del conocimiento geográfico habría desterrado la fantasía al cosmos, fuera incluso del sistema planetario. No tocaría más que admitir lo que Oscar Wilde ya temía a fines del siglo pasado: «Un atlas que no incluya la utopía no merece siquiera una mirada, porque excluye el único país en el que la humanidad ha soñado desembarcar»<sup>3</sup>.

Desde este punto de vista, el descubrimiento se opondría a la invención. Descubierta un espacio e incorporado a la realidad conocida, lo imaginario se vería obligado a retroceder más allá del nuevo límite trazado. Observada así la historia, desde el tiempo de la Grecia clásica hasta el descubrimiento de América, se comprobaría un retroceso del espacio inventado, primero en los límites del mar Mediterráneo, luego a partir de las columnas de Hércules, y, poco a poco, en el espacio del «Mar Tenebroso», hasta llegar a la costa americana. Luego, el proceso se daría en términos continentales. La invención retrocedería hacia el corazón de la selva inhóspita o en escondidos valles de la montaña, cada vez más arrinconada y desmentida por los progresivos descubrimientos.

Varias razones podrían apoyar esta oposición. Por lo pronto, debido a que los descubrimientos se acompañan de observaciones y descripciones que hacen inteligibles a los demás la nueva realidad, esa apropiación de la realidad implica una abolición de la fantasía. Pero además, en la medida en que lo descubierto existía antes, tiene también una historia que debe ser interpretada de acuerdo al designio del cronista. La apropiación se da no sólo en los términos del presente que se aborda, sino, también, del pasado que se ignora. En general, las conquistas que siguen a los descubrimientos se encargan de dar coherencia a la empresa. «Conquistar el poder no es suficiente —ha recordado J. H. Plumb—. Hay que asentarlo sobre un pasado seguro y servicial»<sup>4</sup>. La inevitable manipulación de que es objeto el pasado para legitimar los privilegios y el sojuzgamiento inherente a la conquista de un nuevo territorio, parecen ser contrarias a la pura imaginación.

Sin embargo, la invención no ha retrocedido siempre tan fácilmente. En algunos casos, cuando la dirección imaginada ha resultado correcta, el espacio inventado parece respaldarse por una existencia real, como si la fantasía se hubiera objetivado. En otros, si la prefiguración inventiva es muy intensa, la visión de la realidad develada queda teñida por el proyecto. Lo que se esperaba encontrar define lo que realmente se ha descubierto. Si la realidad resulta diferente, los datos recogidos se reinterpretan y se adecúan al «espacio anhelado». La conquista se idealiza en función del «deber ser» proyectado.

---

<sup>3</sup> «La vieja tierra, la vieja isla abandonada, han perdido su nombre de Utopía. Utopía es el nombre que pasa a través del esplendor de las olas y se refleja en la arena dorada de una isla ignorada, todavía no conocida. Pese a que el progreso es la realización de las utopías, es también la historia de nuestros dolores y de nuestros sueños», añade Oscar Wilde. Texto citado por Massimo Baldini en *Il pensiero utopico* (Città Nuova Editrice, págs. 10-11, Roma, 1974).

<sup>4</sup> *La muerte del pasado*, de J. H. PLUMB (Barral Edit., Barcelona, 1974).

Finalmente, no debe olvidarse que todo descubrimiento no sólo ensancha la realidad en términos de certidumbre geográfica, sino que la modifica sustancialmente. El espacio conquistado, pero también el del conquistador, sufren un reajuste resultado del proceso inaugurado. España y Europa no fueron, ni pudieron ser, las mismas después del descubrimiento de América.

Estas consideraciones —que pueden parecer generales y abstractas— deben ayudarnos a entender por qué se habló de una «invención» de América y por qué durante el siglo que sigue a su descubrimiento, conquistadores y colonizadores se negaron a abandonar lo que se había imaginado con anterioridad sobre el «otro mundo» posible. La invención, cuando no el providencialismo, habían guiado con tal certidumbre los rumbos del hombre occidental hacia el Oeste, que su desmentido inmediato hubiera sido inaceptable. América tenía que ser lo que se esperaba de ella; poco importaba la realidad, tanto se creía en el proyecto <sup>5</sup>.

## El presentimiento de América

Los «indicios» de la existencia de «una cuarta región del mundo» precedieron su descubrimiento en casi dos mil años y pueden ser rastreados en leyendas, crónicas de viajes extraordinarios de la antigüedad, mitos clásicos y fábulas medievales, en los versos premonitorios de poetas y en las especulaciones inventivas de cartógrafos y astrónomos.

En ese rastreo se mezclan las referencias a lugares reales visitados por intrépidos navegantes, tierras legendarias que aparecen en tradiciones y culturas diferentes con nombres diversos, pero con un fondo prácticamente idéntico y, finalmente, el «espacio ideal» en el que se ha refugiado y se preserva el tiempo de la Edad de Oro o el escenario incontaminado del Paraíso terrestre pagano o cristiano. Basta pensar en los mitos de la Edad de Oro, la Tierra prometida, las islas Bienaventuradas, espacios donde todavía existiría la felicidad y la armonía en su estado puro. Sociedades ideales, climas perfectos, cosechas abundantes, árboles cargados de frutos diversos y hombres llegando a viejos sin trabajar, aparecen en todas las prefiguraciones inventivas de los «espacios anhelados» por el ser humano. Fábulas como la del país de Cucuña, Jauja en España, lo hicieron a nivel popular; construcciones literarias como la Arcadia, en la prosa y la poesía.

En el transcurso de los siglos que separaron la antigüedad clásica del descubrimiento de América, la cartografía mítica y fantástica fue situando estos espacios hacia el Oeste de Europa. Incluso el Paraíso terrenal del *Génesis*, cuyos signos bíblicos, a diferencia de los paraísos greco-romanos y celtas, indicaban su situación hacia el

---

<sup>5</sup> Es interesante recordar que Cristóbal Colón sospecha el «descubrimiento» de un Nuevo Mundo sólo a partir de 1498. La intensidad de su proyecto —llegar a las Indias Occidentales—, le impide percibir la verdadera naturaleza de su descubrimiento, privilegio que corresponde a Américo Vespuccio. Por esta razón, Edmundo O'Gorman ha sugerido que Colón sería el «descubridor» de América y Vespuccio su «inventor». «La cuarta región del mundo "inventa est" por Vespuccio», afirmó Waldsemüller en su edición de 1507 del *Quattuor Navigationes*.

Oriente, pudo ser accesible en la imaginación por el Occidente desde el momento en que se aceptó el principio de la redondez de la tierra. La certeza de esos diversos rumbos occidentales de mitos y países legendarios no ofrecía ninguna duda en el momento del descubrimiento de América. Por ello, se puede repetir, con Alfonso Reyes, que América fue una «región deseada antes de ser encontrada», porque «solicitada ya por todos los rumbos comienza antes de ser un hecho comprobado, a ser un presentimiento a la vez científico y poético»<sup>6</sup>. El descubrimiento de América no fue, pues, obra del azar. «Europa la descubre porque la necesita», sintetiza por su parte Leopoldo Zea<sup>7</sup>.

Ese deseo y esa necesidad orientaron desde su origen clásico la invención hacia la construcción de espacios que eran esencialmente la «contra imagen», el reverso de la realidad europea. Su estudio, desde la perspectiva del descubrimiento de América, resulta ilustrativo, porque todos ellos conformaron, conjunta o separadamente, integrados o adaptados con tradiciones pre-colombinas, la primera visión que Europa elaboró del Nuevo Mundo.

No es exagerado decir que la primera «idea» de América se forjó con la intensidad de las imágenes que la precedían en su descubrimiento. Los espacios de la invención convergieron, desde diversas direcciones, en la objetivación del territorio americano para investirlo rápidamente con sus «anheladas» virtudes.

En vez de desmentirse, en la confrontación con la nueva realidad, los mitos y leyendas se actualizaron. Así, la Edad de Oro que se creía definitivamente perdida «illo tempore», reapareció en el espacio americano que la había mantenido, gracias al aislamiento y a la incomunicación entre sus propias grandes civilizaciones, fuera de la degradación de la historia en la Edad de Hierro que imperaba en Europa. Los espacios imaginarios del Paraíso terrestre y del país de Cucaña creyeron reconocerse en la abundancia, en el clima y en la vida apacible del Nuevo Mundo. El mito, en vez de desaparecer a causa del descubrimiento, creció y se transformó. A veces cambió de escenario y se hizo ubicuo (El Dorado, las Amazonas, la Fuente de Juvencia); otras, simplemente, fue releído y, por tanto, reinterpretado, desde la perspectiva del Nuevo Mundo, como la Atlántida del diálogo *Critias*, de Platón.

Haber descubierto América no detuvo la invención que había poblado los mapas de lo desconocido en la antigüedad y la Edad Media con la imaginación de Occidente. Por el contrario, la excitó y pareció darle pruebas tangibles para seguir justificando la búsqueda del «espacio ideal». La invención, en lugar de desmentirse, se respaldó con el descubrimiento. Basta pensar en el número de expediciones que se planean por las coronas española y portuguesa, pero también por ingleses, alemanes, holandeses y franceses, en búsqueda de lo que hoy parecen quimeras: encontrar la fuente de Juvencia, el reino del Padre Juan, las Siete Ciudades, la Sierra de Plata, el país de la Canela, la Ciudad de los Césares, el Rey Blanco, El Dorado y el país de las Amazonas. Buena parte de los descubrimientos y exploraciones de vastos territorios de América

---

<sup>6</sup> *Ultima Tule*, por ALFONSO REYES (*Obras completas*, tomo XI, pág. 29), Fondo de Cultura Económica, México, 1960.

<sup>7</sup> *América en la historia*, por LEOPOLDO ZEA (Revista de Occidente, Madrid, 1970).